

El río y sus riberas constituyen un ecosistema complejo en el que interrelacionan una serie de elementos físicos como el clima (temperatura, humedad, luz, etc.), las características del suelo o del agua, junto con otros elementos biológicos (las distintas comunidades de organismos). Estos elementos vivos e inertes actúan entre sí de forma regular y continuo, de ahí que el concepto de ecosistema sea algo complejo, si bien en su base se encuentran los conceptos de equilibrio, biodiversidad e interrelación.

Los ríos en su estado natural son lugares llenos de vida. En ellos y en sus riberas podemos encontrar multitud de animales y plantas perfectamente adaptados a este medio. Cada especie juega un importante papel y su desaparición o eliminación afecta al conjunto, provocando desequilibrios más o menos importantes en función de los cambios producidos ya que en el ecosistema río todos dependen de todos.

Pero los ríos, como ecosistemas vivos y dinámicos, están sujetos a diferentes alteraciones en sus condiciones normales producidas de forma natural, como pueden ser los cambios en el caudal dependiendo de las estaciones, aporte de sedimentos y materia orgánica en las crecidas, emigraciones de especies en invierno, etc. Por ello, estos ecosistemas poseen entre otras características sus propios mecanismos para mantener en buen estado la calidad del medio (mecanismos de autodepuración).

En resumen, los ríos y riberas forman unos sistemas de gran complejidad y madurez, en constante cambio y evolución, teniendo como base un equilibrio más o menos estable tanto interno (los diferentes elementos que lo componen) como externo (relación con su entorno). Pero este equilibrio puede romperse cuando elementos extraños superan los límites de “defensa” de este ecosistema; nos estamos refiriendo fundamentalmente a las acciones de los seres humanos.

En este sentido, el medio acuático en general, ha sido aprovechado históricamente en multitud de actividades; por ejemplo, el agua salada (mares y océanos) es utilizada como medio de transporte (marina mercante), soporte de sectores económicos y otros. Pero más importante para los seres humanos es el agua dulce, bien para el consumo, agricultura, industria, etc. El agua utilizada para estos usos proviene en más de un 80% directamente de los ríos, mientras que el resto se obtiene de diferentes formas (lagos, aguas subterráneas, plantas desalinizadoras).

Como desgraciadamente se puede suponer, la dependencia del ser humano de los ríos y su utilización de forma histórica (más si cabe en la actualidad) ha provocado que los ecosistemas fluviales constituyan una de las áreas más amenazadas de toda la

biosfera, debido al elevadísimo índice de vulnerabilidad frente a la acción humana directa o indirecta.

Este hecho se puede comprobar de forma fehaciente en nuestro propio país donde los ríos han sufrido de forma tradicional una presión antrópica en aumento constante:

- Los cauces y márgenes de los cursos fluviales han ido soportando numerosos cambios con la construcción de presas, azudes, canales, etc.
- La fuerte evolución industrial producida, sobre todo en los ríos que desembocan en el Mar Cantábrico, y la necesidad de proveerse de grandes volúmenes de agua ha provocado que los márgenes de los ríos más importantes estén jalonados de multitud de industrias, junto con un desarrollo paralelo de la población urbana. Lo mismo puede decirse respecto a los ríos de la vertiente mediterránea aunque en menor medida (desarrollo en relación a la mecanización del agro e implantación industrial más tardía).

El aumento de población y desarrollo económico en torno a los ecosistemas fluviales produce una alteración máxima en este medio, pues todos los vertidos, tanto urbanos como industriales o agrarios, van a parar a los cauces en cantidades tales que sobrepasan con amplio margen las propias capacidades autodepurativas de los ríos, hasta el punto incluso de convertirse en verdaderas cloacas (el ecosistema río desaparece como tal). Ejemplos hay más que suficientes, pues hasta hace años bastaba observar el Ibaizabal, Nervión o el Deba.

Estos impactos en el medio se han producido no sólo por la acción directa o contaminación de las aguas sino también por la alteración masiva de los cauces y riberas. Las zonas naturales de expansión de los ríos en épocas de grandes crecidas han sido ocupadas por multitud de construcciones, con la peligrosidad que esto supone (basta recordar las grandes pérdidas humanas y materiales acaecidas en Noviembre de 1997 en el sur de la Península Ibérica). Como solución frente a posibles avenidas se suele encauzar el río con muros, escolleras, etc. eliminando la vegetación o bosque de ribera, aunque esto no hace sino trasladar el posible problemas aguas debajo de estas intervenciones. Por otro lado, está demostrada la gran importancia de este tipo de vegetación tanto desde el punto de vista ecológico como por su papel protector contra la erosión, pérdidas de suelo y prevención de avenidas.

Esta situación general descrita está cambiando progresivamente en los últimos años, puesto que hemos dejado de vivir “de espaldas al río”, y por tanto comenzado a

tomar conciencia de la importancia de los ríos en nuestra vida. En este sentido, se están realizando verdaderos esfuerzos por recuperar la calidad de las aguas de nuestros ecosistemas fluviales – tal y como hemos descrito en el documento sobre la gestión de las aguas en su apartado sobre el saneamiento –, pero esta recuperación no será real hasta que se establezca una conciencia generalizada de respeto y mejora de los ecosistemas fluviales.